

*Padres los que tengáis hijos.
Hijos que tengáis parientas.
Parientas que tengáis primos
y primos que tengáis suegra,
mirad qué crimen más feo
en la provincia de Cuenca.*

Tras narrar el asesinato con gran lujo de pinchazos y golpes e incluso una alusión religiosa ("como al señor Jesucristo/muy mala muerte le han dado"), pasan a la parte en que le despedazan y echan a los cerdos:

*Hambriento para este caso
allí gruñe un cerdo atado
los crueles matadores,
las morcillas le han echado.
Y lo que el mal cerdo deja
a una hoguera lo han lanzado
y las cenizas a un río
que pasa por ahí al lado.*

"El Cepa" compró las copias y se prometió a sí mismo, que no diría nada de su situación real, porque pensó que lo más probable es que sacaran a los inocentes de la cárcel y pasara él a ocupar su lugar.

Así, pues, León y Gregorio cumplieron su condena, salvo alguna reducción por indultos y buena conducta, y volvieron a sus casas. Apenas podían trabajar y su familia era rechazada de todos lados: la gente del pueblo no les había perdonado su crimen y la eterna vergüenza que habían hecho caer sobre la localidad.

Y así habría seguido todo si "El Cepa" no hubiera decidido casarse a instancias de su amante. Cuando fue requerido por el cura de Mira acerca de su real identidad hubo de decir que escribieran al cura de su pueblo, don Rufo todavía, para pedirle la partida de nacimiento.

En 1926, el Tribunal Supremo revisó el caso, exculpó definitivamente a los dos penados y reconoció que la confesión les había sido "arrancada con violencia" y que era indudable la existencia de malos tratos. Al parecer, Gregorio y León, a la sazón triunfadores, fueron traídos a Madrid y llegaron a salir en el circo Price, donde obtuvieron una calurosa salva de aplausos.

Entonces, y desde aquel momento, el diagnóstico final ha sido de "error judicial", lo cual resulta cómodo y hasta dignifica a la Justicia, que sabe reconocer los fallos de sus servidores. Lo que apenas se había dicho hasta ahora es que tal error tuvo su base en la prepotencia de los caciques locales y en los interrogatorios a base de palizas y torturas. Lola Salvador, autora del libro ya citado, transcribe la sabia reflexión de un vecino de Osa de la Vega, Eufasio López, que concluyó el caso diciendo:

"Es que el castigo sturde mucho a la persona". ■ R. C.



Pilar Miró.

"EL CRIMEN DE CUENCA" La primera prohibición de la democracia

DIEGO GALAN

QUE los Ministerios censuradores obstaculicen que unos españoles quieran explicar cómo se produjo uno de los más escandalosos (y reconocidos) errores judiciales habidos en nuestro país, es algo que nos deja tan perplejos como preocupados. Setenta años después de los hechos, la amenaza de una nueva condena cae sobre los mismos. Si antes se destrozó la vida de una serie de personas, ahora se tergiversa el sentido de una de las películas más serias, responsables e importantes del cine español. Será difícil, ahora que los posibles espectadores de "El crimen de Cuenca" (si es que la película sale libre de sus supuestas culpas) la contemplen con la misma objetividad y serenidad con que ha sido realizada por Pilar Miró. Amenazada de ser la primera película prohibida de la democracia ucadea, es ya producto fácil para la especulación y el morbo. Eso es lo que más preocupa a su directora, y es, finalmente, lo que más debería preocuparnos a todos.

—No hemos reflejado en la película nada que no esté comprobado legalmente. ¿A qué viene ahora ese miedo a conocer unos hechos, por demás conocidos? Que una se haya preocupado durante muchos meses de trabajo en la seriedad del tratamiento para que ahora, precipitadamente, alguien decida que la película no se ve, produce un enorme

cansancio. No sólo ha habido que discutir con el productor y acabar haciendo una película que ya no sabes exactamente si es la tuya o la que él quería, si no que ahora hay que resolver problemas que nada tienen que ver contigo ni con la película, sino sólo con la Administración. Es agotador.

Se dice que "El crimen de Cuenca" ofrece las imágenes de la tortura que sufrieron los supuestos asesinos condenados en 1910. Es cierto. Sin esas imágenes el documento estaría cojo, sería absurdo. Pero lo que en ningún momento plantea la película es una condena global a cuerpos, instituciones o entidades españolas. Si los relacionados con el caso fueron condenados años más tarde, ¿qué defensa se esgrime ahora prohibiendo la película?

—Por mi parte —sigue diciendo Pilar Miró— me niego a politizar la película. Y me niego, por lo tanto, a aceptar que la retención que ahora sufre se deba a eso. Cualificados juristas la han visto y todos estuvieron de acuerdo en considerar que no contiene materia delictiva. Han sido los periódicos quienes han dicho que "al parecer" la suspensión se debe a esas escenas.

—Lo que da una especie de justificación al caso...

—Bueno, pues si hay torturas, ¿qué pasa? ¿Por qué no pueden hacerse esas secuencias? De to-

das formas, hay que advertir que no existe una comunicación oficial sobre la suspensión acordada.

—¿Qué más da? Ha sido prohibida en cuanto no ha podido exhibirse el día previsto. Ni se sabe cuánto podrá hacerse.

—Lo que me parece alarmante de todo esto es que no se exhibe porque a un señor determinado le ha molestado. A un señor que, naturalmente, tiene en sus manos la posibilidad de ejercer la censura. Pero si la película no afecta a la Constitución, ¿qué clase de democracia es esta? Podemos sacar los trapos sucios de las profesiones liberales, y naturalmente todo lo que queramos sobre las putas. Pero cuando se refieren a médicos, abogados o Guardia Civil, ya no se puede. ¿Por qué? ¿Quién dice que porque haya algunos casos de personas concretas que ejercen su profesión de forma no correcta, toda la profesión es igual? He leído en los periódicos que un par de guardias civiles robaban coches y fueron expulsados del Cuerpo; también que hubo otro que disparó contra un amigo. Los periódicos no fueron secuestrados y el público se enteró de la noticia. Sigo preguntándome por qué no podemos enterarnos en mil novecientos ochenta de algo que ocurrió en mil novecientos diez.

—¿Y las torturas?

—¿Qué pasa con las torturas? "El Lute" contaba en "Informa-

EL CRIMEN DE CUENCA

ciones" cómo había sido torturado, y no pasó nada. El problema de la película es que ha coincidido su salida con la discusión en torno a las posibles torturas en el País Vasco. Pero "El crimen de Cuenca" no estaba pensada para esta coyuntura. Yo no ataco a unas fuerzas de orden público, ni se me ocurriría hacerlo. He nacido en este país y sé en qué consisten. No ataco la honorabilidad de ningún Cuerpo, pero es obvio que en todos hay gente que se equivoca. Si el mismo Cuerpo expedientó a los culpables, ¿por qué no podemos decir lo que está mal? ¿Hay que seguir ocultándolo continuamente? ¿Para qué? ¿Para seguir haciéndolo mal?... Seguramente se pretende que no hagamos más que películas de esas de "vamos todos a la cama y a desnudarnos". Pero a esas me niego y por eso no he hecho las que me han propuesto.

—"El crimen de Cuenca" significaba un riesgo desde el principio...

—Sí, pero no este riesgo. Sabía que era una película dura. No es fácil hacer que los espectadores vayan al cine y mucho menos que cuando vayan les agradezcas, les vapulees; estamos poco acostumbrados a analizar hechos ocurridos en nuestro país. Yo sabía que la extrema derecha se podría cabrear y, por lo tanto, darme una paliza en cualquier esquina. Pero que el Ministerio Fiscal interviniera antes de que la película se exhibiera (o que interviniera después, da lo mismo), no lo podía prever en absoluto. Quizá porque soy ingenua. Realmente sí me había creído que este país había cambiado en algo. Pero está claro que no es así. Sólo ha cambiado para que en el cine la gente se desnude y se vaya a la cama. Es desolador.

—¿Y qué te va a pasar ahora?

—Lo peor. Mantener la imagen de persona conflictiva y revoltosa. Y a la película, sacarla de su contexto; ya no es lo que era.

—Como "El último tango en París" fue la película de "la mantequilla"...

—Han sacado a la película de su sitio los señores de siempre.

—Yo creo que se han enfadado porque han visto la película tal como ellos las hacían antes. Es decir, si para cargarse el socialismo sacaban un socialista perverso, entienden el mismo maniqueísmo en los demás.

—Es absurdo...

"El crimen de Cuenca" ya no es lo que era. Confiemos en que

recupere su identidad. Porque el trabajo de Pilar Miró (y el de los excelentes actores del reparto) es uno de los más serios de los últimos años. Pocas veces se ha visto en España una página de nuestra historia con un tratamiento más sensible e inteligente. Pero parece que no hemos tenido suerte. Desde mucho antes de que la película estuviera terminada comenzaron los ataques. Algunos diarios de Cuenca lanzaron una campaña contra la película protestando por el título, por la temática. ¿Qué van a pensar de Cuenca?, decían los insensatos.

No me molesta en absoluto que se critique mi trabajo; acepto lógicamente el reto que supone hacer una obra pública. Pero esa deformación me parece deleznable. De todas formas, he aprendido cosas importantes con estos periodistas. Me han dado una lección de fariseísmo que me será útil para saber tratar a la gente. Ellos eran la extrema derecha.

Lo que resulta dolorosamente curioso es que sí han cambiado algunas cosas en este país. Hace años, cuando la censura franquista prohibía alguna película

ferencias a los Consejos de Ministros, se deja casi en último lugar las de Cultura, por aquello de que se ofrecen por antigüedad de Ministerios; sin embargo, me parece que esa lógica legal se ha convertido en algo más importante. No interesamos.

—Si no es para prohibirnos...

Está nerviosa Pilar Miró, cansada, harta.

—¿Te das cuenta? Ya no hablamos de la película si no de la prohibición. Se ha deformado todo.

—La película es excelente.

—¿De verdad?

—Algunos de los privilegiados que pudimos verla antes de su frustrado estreno pensábamos que suponía en tu carrera profesional un paso abismal respecto a "La petición", tu anterior y única película. Aquella frialdad se convertía en "El crimen de Cuenca" en el tono justo y necesario.

—Es curioso esto de la frialdad, porque lo que siempre he querido hacer es "Lo que el viento se llevó". Debo ser más nórdica de lo que creía. Pero en cierto modo es lógica esa postura mía mientras no trate temas que me afecten personalmente.

—¿No te afecta "El crimen de Cuenca"?

—Sí, pero de otra manera. Tengo un punto de vista sobre los hechos y lo expongo. Pero no he vivido mil novecientos diez... todavía, ni he tenido que ver con la justicia... de momento; quisiera tratar personajes contemporáneos míos. Los de esta película lo son por paralelismo y naturalmente me interesan. No hubiera hecho la película de no haber sido así.

—De todas formas hablaba de la "frialdad" por encontrar un punto en común con "La petición". Allí distanciaba y aquí acerca. También hay otra coincidencia: el apaleamiento que puede sufrir el espectador.

—En "La petición" era más "literario", podía parecer más frívolo. Los hechos objetivos de "El crimen de Cuenca" no dan opción a la frivolidad.

—Y menos aún los hechos paralelos. Lo que está ocurriendo estos días.

—Es horrible. Nunca podremos hablar de la película sin relacionarla con las decisiones oficiales. Han desvirtuado la obra.

Es necesario, lógico y urgente que el público español pueda acceder libremente a la contemplación de una extraordinaria película. ■ D. C.



Una escena de la película de Pilar Miró, "El crimen de Cuenca".

Insultaban a Pilar Miró "y los de su calaña".

—... Pero no habían visto la película. Un día vinieron algunos periodistas con pinta de simpáticos y ganas de corregir el enfoque de la cuestión. Vieron la película, dijeron que les gustaba mucho y que la campaña en contra estaba provocada por la gente de extrema derecha de Cuenca "a los que todos conocemos", decían. Mi sorpresa fue increíble cuando leí lo que escribieron después. Habían deformado todas las conversaciones que tuvimos y habían deformado también la película, contándola en cachondeo.

—"Canciones para después de una guerra", "Furtivos", "El jardín de las delicias" y tantos y tantos títulos— se originaban campañas (o mini campañas) de protesta. En esta ocasión, yo diría que histórica, la reacción no ha sido tan clara ni tan rotunda. Tenemos miedo.

—En el primer momento al menos ha habido falta de solidaridad. Seguimos sin interesarnos a nosotros mismos. Lo peor es que tampoco interesamos a los partidos políticos ni a la Administración. El cine (la cultura en general) es algo mínimo y sin importancia. Cuando se leen las re-